

2

El lenguaje

FERRUCCIO ROSSI-LANDI

Universidad de Trieste

MASSIMO PESARESI

Algunas teorías sobre el origen del lenguaje del siglo XVIII a Engels

En el pensamiento occidental, el origen del lenguaje ha ocupado siempre un lugar importante en el debate sobre el origen del hombre. Desde que se empezó a elaborar el concepto de ser humano, el lenguaje, en relación directa con el pensamiento, ha sido siempre considerado un atributo fundamental de la especie humana.

Si rechazamos esa especie de optimismo científico que considera la historia de un problema sencillamente como una aproximación progresiva a una «realidad» dada, podemos ver las distintas maneras de formular la pregunta, y las distintas respuestas aportadas por las sociedades en un intento de formarse una idea del origen del hombre y, por consiguiente, del de la naturaleza humana..., y, en los últimos siglos, del de la historia del hombre. En este sentido, cada sociedad promueve una imagen asaz definitiva de sí misma.

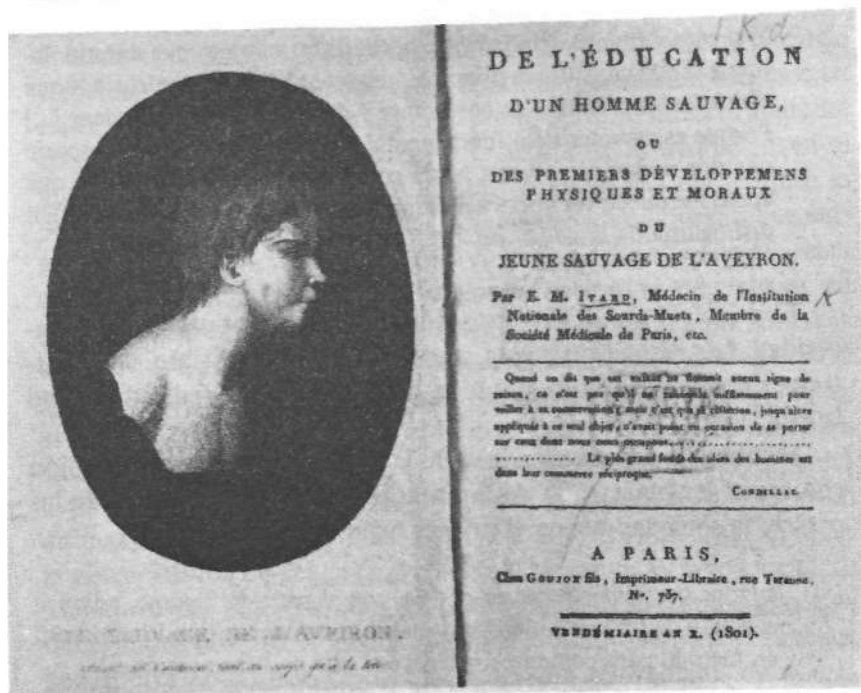
La necesidad de definir la brecha entre el hombre y el «mundo animal» se ha hecho sentir en diversas formas. En un mundo estático —donde no tenía lugar el paso del tiempo—, las diversas formas de vida eran consideradas producto, no de la evolución, sino de la creación directa. De aquí la idea del origen divino del lenguaje. La incapacidad de explicar un fenómeno mediante la investigación de la naturaleza recibió expresión metafórica en la forma de una intervención «exterior».

Este gran edificio ideológico, expresado de forma más completa y consciente dentro del mundo feudal, entró definitivamente en crisis con el nacimiento de la cultura de la ilustración. La antropología del siglo XVIII se fundaba sobre la base de la existencia de un individuo «natural» que no era producto de la historia sino su punto de origen. La historia misma era considerada como el desarrollo de dos atributos humanos esenciales: el pensamiento y la sociabilidad. El problema fundamental era, pues, el papel del lenguaje y de la sociedad en el surgimiento del hombre del mundo animal.

Para ceñirse al concepto bíblico de creación, las antropologías de este tipo tomaban como punto de partida un género humano reducido a la animalidad tras el Diluvio, o una pareja primigenia que, separada en la infancia de todo contexto social, estaba en situación de recrear las artes y las instituciones de la vida civilizada sobre la única base de sus propias potencialidades humanas.

Al inicio de la segunda parte de su *Essai sur l'origine des connaissances humaines* (1746), Condillac esboza una filosofía del desarrollo del lenguaje. Su descripción empieza con signos naturales («gritos que expresan las pasiones») y presupone una aproximación naturalista a los orígenes de la sociedad, considerada como interpretación de las necesidades y los instintos individuales. El descubrimiento de la naturaleza original del hombre se lleva a cabo mediante la sustracción progresiva de todo lo que parece adquirido en la mente individual con el objeto de alcanzar la «potencialidad pura» de la naturaleza humana.

Este proceso era hipotético, pero la posibilidad de experimentación se abrió con el estudio de los así denominados «niños salvajes»: niños o adolescentes abandonados de pequeños y encontrados en estado salvaje tras un período más o menos largo de aislamiento. Víctor, encontrado en los bosques de Aveyron en 1799, es un caso típico. Itard, el médico que intentó reeducarlo, nos dejó un informe detallado de este caso. Sus investigaciones se basaron en la firme creencia de que la observación minuciosa de las facultades humanas ausentes en Víctor le permitirían calcular la suma de los conocimientos y las ideas que el hombre le debe a la educación. Los estudios de Itard le llevaron a la conclusión de que el hombre no tiene una naturaleza presocial. La única característica del hombre es la adaptabilidad. Antes de humanizarse, el hombre estaba des-



El estudio de «niños salvajes»: ¿el lenguaje, era «natural» o producto de la sociedad? Frontispicio y portada del libro de Itard sobre Victor, encontrado en los bosques de Aveyron en 1799.

provisto de inteligencia y de lenguaje. Sólo pudo desarrollar esas facultades en un contexto social, mediante la imitación, y la razón de semejante desarrollo fue la necesidad.

Unos años antes, el filósofo escocés James Burnett, «Lord Monboddó», había sostenido una tesis en el mismo sentido. En sus investigaciones, realizadas con el objeto de establecer «qué tipo de animal y de qué naturaleza es el hombre de Dios», Burnett llega a la conclusión de que la posición erecta del hombre, su sociabilidad, su pensamiento, su lenguaje —características éstas consideradas *a priori* como señales específicas de la naturaleza humana— son más bien el *producto de una evolución gradual*.

Y si consideramos debidamente la cuestión, veremos que nuestra naturaleza está constituida principalmente por hábitos adquiridos, y que somos antes criaturas de costumbre y de arte que de naturaleza [...] Porque es característica fundamental y distintiva de nuestra especie que nos podamos volver a hacer como éramos antes, de modo que apenas se puede ver nuestra naturaleza *original* y es sumamente difícil distinguirla de la *adquirida*.

El principal motor de este proceso de auto-producción es la necesidad. Las respuestas a esta necesidad las hace posible, no el instinto, que buscaría únicamente la preservación del individuo, sino la asociación.

Monboddó estudia el origen de la sociedad en estrecha relación con el del lenguaje, y no duda en afirmar que «en el orden de las cosas», la sociedad ocupa el primer lugar, ya que

aunque un salvaje solitario podría, con el paso del tiempo, adquirir el hábito de formarse ideas, es imposible suponer que podría inventar un método para comunicarlas, para el que no tuvo ocasión.

Era habitual en la antropología del siglo XVIII atribuir una particular importancia a la sociedad en el desarrollo de la facultad lingüística. La originalidad de Monboddó consistió en el amplio concepto que tenía de la sociedad como asociación para la organización del trabajo comunal. Los pensadores alemanes de la Ilustración (Herder, Tetens, et al.) atribuyen al hombre una sociabilidad genérica que abarca la comunicación recíproca de los deseos, los sentimientos y las necesidades, claro, pero no la dimensión de la producción organizada que también se puede hallar en un organismo social. El carácter humanizador del trabajo fue confirmado nuevamente, según Monboddó, por la agrupación social de los orangutanes, que leyó en *Orang-Outang sive Homo silvestris* (1699), de Tyson. Estos animales carecen de lenguaje pero son inteligentes, viven en familias y pequeños grupos sociales, poseen afecto y sentimientos similares a los del hombre, y se comunican entre sí. Sólo el relativo aislamiento en el que se les ha encontrado ha impedido que desarrollaran el lenguaje. Pero ello no resta valor a su *humanidad potencial*. En este sentido, el enorme interés de Monboddó por el orangután tiene un

doble fin: constatar su propia hipótesis de la conexión entre lenguaje y sociedad, y confirmar que estas criaturas pertenecen a la misma especie que el hombre. Este segundo punto permite situar la aparente anticipación del filósofo escocés a la teoría de la evolución en el marco de su metafísica espiritualista. La evolución del hombre es producto del desarrollo de ciertas potencialidades naturales que surgen en el contexto apropiado. Así, el lenguaje sólo puede aparecer en la situación particular creada por la necesidad de trabajar en grupo. La idea de que los orangutanes, si bien no habían tenido la oportunidad de desarrollar esta potencialidad, pertenecían a la raza humana, pareció verse confirmada por otros indicios (por ejemplo, el empleo de utensilios como el bastón, con el que se les describía tradicionalmente). Sin embargo, Monboddó no da ninguna respuesta al problema de la transición de las formas inarticuladas de expresión animal al lenguaje humano. Atribuye a ciertos simios antropoides la potencialidad del lenguaje, no en cuanto animales, sino en cuanto miembros del género *Homo*, asignados a una especie distinta a la del hombre por una evaluación errada. Monboddó, como muchos pensadores anteriores y posteriores, estaba convencido de que la única barrera entre el «hombre» y los «animales» era el lenguaje. En palabras de Max Müller, el lenguaje «establece una frontera inamovible entre el hombre y la bestia».

El interés por la continuidad esencial entre las capacidades humanas en general y las de otros animales, en particular las de los primates, fue un avance importante llevado a cabo por los materialistas de la Ilustración. Por desgracia, no tuvo consecuencias en el siglo XIX. No obstante, este siglo vio interesantes progresos en el planteamiento del problema de Monboddó sobre el origen del hombre y, por consiguiente, del lenguaje. Sus ideas sobre la evolución de la naturaleza original a la naturaleza adquirida, y sobre la auto-creación del hombre a través del trabajo, guarda muchas analogías con el capítulo de Engels sobre *La dialéctica de la naturaleza*, en «el papel desempeñado por el trabajo en la evolución de los simios al hombre», aunque probablemente no se trate de una derivación directa.

Engels rechaza la metafísica espiritualista y la concepción de la naturaleza humana como algo cuyas potencialidades se desarrollan gradualmente en y por el entorno. Reduce el origen del hombre a

un proceso de auto-creación con la ayuda del entorno social. El motor de la producción del hombre es el trabajo, que es «la condición básica primordial de toda existencia humana». Así, cabe decir que «el trabajo creó al propio hombre». Cuando a la sociabilidad natural del hombre se sumó la práctica de trabajar en asociación, «los hombres, en vías de formación, llegaron al punto de tener algo que decirse unos a otros». En esta etapa, la necesidad permitió el desarrollo del órgano necesario. «La subdesarrollada laringe del simio se transformó lenta pero firmemente por medio de la modulación para producir una modulación cada vez más desarrollada, y los órganos de la boca aprendieron gradualmente a pronunciar una letra articulada tras otra.» El trabajo, en primer lugar, y el lenguaje, después, fueron los dos estímulos principales en el proceso de transformación del cerebro del simio al cerebro humano.

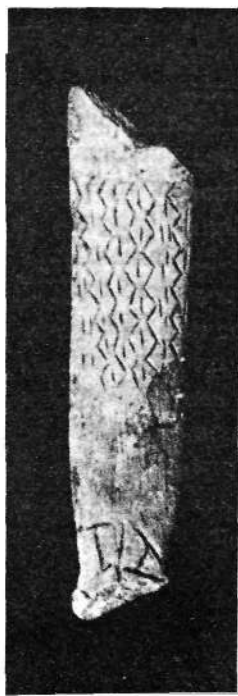
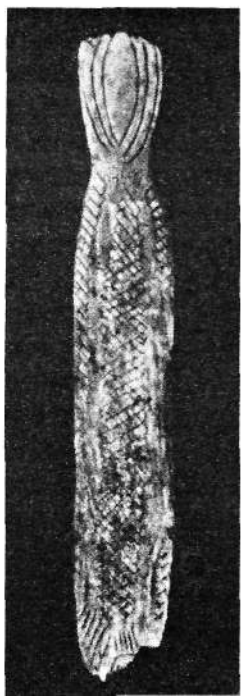
Un cierto lamarckismo traiciona la falta de entendimiento de Engels de algunos conceptos darwinianos fundamentales. Es casi como si las ideas de Engels hubiesen sido infectadas por la creencia optimista en la providencia, según la cual la evolución produce de forma espontánea lo que una especie necesita. Este optimismo le fue muy útil a Engels el revolucionario, pero se transformó en un prejuicio teórico y aún perdura en ciertos informes etológicos, que hacen de la adaptación del organismo al entorno el único motor de la evolución. Al proponer que el cerebro es el resultado del trabajo y del lenguaje (por ejemplo, por el entorno social), y que el lenguaje surge de forma espontánea cuando los hombres «tienen algo que decirse unos a otros», Engels parece decir, esencialmente, que la especiación misma es resultado de la necesidad impuesta por el entorno.

Al final de su exposición, Engels critica el idealismo de los que atribuyen el progreso de la civilización al desarrollo y a la actividad del cerebro, explicando el comportamiento del hombre por su pensamiento más que por su necesidad. Podemos, sin reservas, hacernos eco de esta crítica, dirigida, como está, a una de las inversiones explicativas más flagrantes de todos los tiempos, pero debemos, al mismo tiempo, señalar el peligro de dejar que la importancia del trabajo del hombre, ciertamente innegable, oscurezca la lenta y difícil labor de la naturaleza en la producción de estructuras biológicas en organismos intrincadamente ligados al entorno.

Tendencias modernas

En *Le geste et la parole*, el escritor francés André Leroi-Gourhan proporciona un esquema interpretativo decididamente anti-idealístico y anti-teológico del proceso evolutivo que dio origen al lenguaje. Leroi-Gourhan intenta exponer, en una única vista panorámica, los principales factores funcionales operativos en el curso de esta evolución. Para facilitar su comprensión, éstos se pueden reducir a cinco: (i) la mecánica y la organización de la columna vertebral y de los miembros; (ii) el método de suspensión del cráneo y la posición relativa del foramen occipital (el agujero en la base del cráneo), cuya ubicación hace de éste uno de los puntos más sensibles del mecanismo funcional del cuerpo; (iii) la dentición y su importancia en la vida social (considérese únicamente el papel de los dientes en la defensa, la predación y la preparación de la comida); (iv) la mano y (v) el cerebro, cuyo papel de coordinación es, sin duda, central, pero que, desde un punto de vista funcional, parece habitar la totalidad de la estructura del cuerpo. Un estudio cuidadoso del desarrollo de la cavidad cerebral y del consiguiente aumento del tejido cerebral nos permite decir, de hecho, que en la progresiva adaptación de las especies más evolucionadas «el papel desempeñado por el cerebro es evidente, pero es el de proporcionar ventajas en la selección natural de los tipos, y no el de guiar directamente la adaptación física».

Es decir, el cerebro ha sido capaz de beneficiarse de la adaptación progresiva de los medios de locomoción. Según Leroi-Gourhan, es aquí donde debemos buscar el factor determinante en la evolución biológica. En la interacción de las sucesivas adaptaciones al entorno, que ha dado origen a un sistema nervioso cada vez más eficiente y complejo, desempeñan un papel fundamental el campo relacional anterior (por ejemplo, el ámbito de contacto frontal con el entorno y con otros organismos) y su constitución. En niveles evolutivos superiores, este campo se divide en dos territorios complementarios definidos por la acción de los órganos faciales y de las extremidades de los miembros anteriores respectivamente. Los polos facial y manual operan en estrecha colaboración en las más complicadas operaciones técnicas, que afectan la captura de la presa y la preparación de la comida. Cuando la mano dejó de cumplir su función loco-



El nivel de comunicación entre los individuos implícito en la fabricación de estas elaboradas herramientas prehistóricas (arpones, arriba, y espátulas, abajo), y el desarrollo cerebral necesario para concebirlas y utilizarlas, proporcionan evidencia específica de la existencia del lenguaje hace 10.000 o 20.000 años.

motora con la asunción de la postura erecta, se pudo especializar lo suficientemente como para desempeñar las tareas técnicas llevadas a cabo previamente por los órganos faciales: se hicieron, por tanto, más asequibles a una comunicación vocal más refinada. Leroi-Gourhan descubrió un inesperado precursor en el teólogo del siglo IV Gregorio de Niza:

Las manos se han hecho cargo de esta tarea [la de la alimentación] y han dejado la boca libre para servir a través de la palabra.

(*De creatione hominis*, 379 d.C.)

En un marco descriptivo como el que acabamos de señalar, la evolución paralela de las capacidades lingüísticas y de manipulación en el proceso del surgimiento del hombre puede considerarse la última etapa de una tendencia general con orígenes evolutivos de gran antigüedad.

Compleja como es, esta hipótesis esencialmente paleontológica se apoya también en evidencias neuroanatómicas o antropológicas precisas. Ejemplos de ello son la contigüidad en la corteza sensoriomotriz de las áreas cerebrales para la mano y la cara; la estrecha conexión entre las disfunciones lingüísticas orales y escritas (afasia y agrafia) y la observada inseparabilidad del lenguaje y los implementos de estructura en la sociedad humana. Partiendo de esta base, Leroi-Gourhan llega inclusive a esbozar una «paleontología del lenguaje» por inferencia de la evidencia arqueológica de la manufactura de los implementos. Así, los primeros homínidos alcanzaron un nivel técnico que postularía la existencia de un lenguaje, no un simple sistema de signos comparable a la comunicación vocal espontánea de los primates. Esto es así porque, cuando se hacen los utensilios, sus diversos usos tienen que existir previamente a las ocasiones reales de utilización y, además, porque el implemento se conserva con vistas a una sucesión de acciones. Es por ello que tiene que haber un proceso de abstracción del contexto similar al que ha permitido el surgimiento del lenguaje humano que ya no está directamente ligado a los estímulos ambientales.

Las conexiones entre las funciones lingüísticas y las funciones de manipulación, tan lúcidamente expresadas por Leroi-Gourhan, han

sido objeto, en años recientes, de investigación detallada en diversos campos, y también han dado pie a nuevas especulaciones sobre el origen del lenguaje, considerado ahora bajo la luz de una red más vasta y complicada de operaciones y relaciones sociales.

En el campo neurológico, el principal objeto de observación es el fenómeno de la lateralización cerebral —el proceso por el que, en la mayoría de los individuos, el hemisferio izquierdo es dominante en el lenguaje y en las operaciones manuales (por ejemplo, son diestros). Algunos han creído ver en la asimetría de ambas funciones prueba del desarrollo paralelo del lenguaje y de la construcción y la utilización de implementos. Así, un autor, Gordon Hewes, habla de una secuencia de tiempo en la que la lateralización de los ambidiestros condujo a la del lenguaje verbal, pasando por el lenguaje gestual, el eslabón más próximo entre estas dos funciones complejas y asimétricas.

No han faltado estudios interesantes de paleoneurología con el objeto de determinar la existencia de la lateralización en fósiles humanos. Se estudian los cráneos por medio de moldes, por lo general artificiales, a veces naturales (cuando la arena ha remplazado los tejidos suaves). Estos muestran un mayor desarrollo en las áreas frontal y posterior del hemisferio izquierdo. La observación de los astillamientos de las piedras también confirma el predominio de la condición de ambidiestro en el hombre primitivo: algunos estudiosos han sido inducidos a intentar establecer conexiones precisas entre la evolución del lenguaje y la de la técnica de picar. Pero, en primer lugar, el lenguaje verbal no es un prerrequisito esencial de actividades como la caza o la fabricación de implementos, como lo prueban las transmisiones «no verbales» de complejas técnicas laborales por artesanos de nuestros días. En segundo lugar, la analogía entre el empleo de herramientas y el uso del lenguaje no supone la existencia de un mecanismo cognitivo común, por la cual el lenguaje tendría que ser considerado como una elaboración de la «función herramienta». Ambos son casos de «actividad secuencio-motriz planificada y especializada», pero que no nos permiten inferir nada acerca del origen del lenguaje ni identificar las características cognitivas que distinguen el lenguaje de las demás formas de actividad especializada. Tal vez lo único que se puede afirmar es que la conocida complejidad de ciertas operaciones nos obliga a asumir fun-

ciones mentales de semejante refinamiento que la ausencia de una capacidad para la comunicación lingüística sería sorprendente. Los artesanos que se transmiten técnicas de trabajo unos a otros son seres hablantes (se han *convertido* en seres hablantes), aun si en determinado momento no hacen uso del habla.

La gesticulación se considera a menudo el vínculo más directo entre la *manualización* y el lenguaje, según lo expuesto anteriormente. Los argumentos a favor de la prioridad del gesto sobre el discurso son de diversa índole. Gordon Hewes tiene una teoría con base experimental del origen gestual del lenguaje. En lo referente al campo neurológico, Hewes aborda, no sólo el complejo tema de la lateralización, sino también las dos formas distintas de control neuronal del mecanismo de la voz que se encuentran respectivamente en los primates superiores y en el hombre. En los primates, la vocalización es controlada por lo que son, desde un punto de vista evolutivo, regiones cerebrales más primitivas. Los primates carecen del control cortical presente en el hombre, de modo que su vocalización es altamente estereotipada y escasamente abierta al aprendizaje. Ahora bien, mientras que el mecanismo vocal de los primates, en virtud de su propia estructura neuronal, no se presta a formas de comunicación superiores a la simple señalización, la situación cambia por completo en lo que se refiere a sus miembros delanteros, dotados de una amplia gama de actividades conductuales que les permiten actuar sobre el entorno y ser guiados por la retroinformación que de él extraen. De todo esto se puede inferir que las complejas secuencias motrices requeridas por cualquier forma de lenguaje fueron realizadas, en fechas tempranas, por las manos y por los brazos. Aquí debemos tomar en consideración, también, el alto grado de precisión manual que poseen los homínidos, controlado por regiones más avanzadas del cerebro que en el caso de otros primates. También lo evidencia el hecho de que, mientras que los intentos por enseñar un lenguaje vocal a los chimpancés han resultado infructuosos (como los Hayes encontraron en Viki), se han obtenido buenos resultados con experimentos concebidos para utilizar sus capacidades manuales para el aprendizaje de lenguajes especiales.

La hipótesis de un origen gestual del lenguaje puede, pues, basarse, al menos en parte, en las diferencias existentes en el control



Se ha sugerido que el lenguaje evolucionó a partir de la gesticulación manual. Una mujer de la tribu de los Nemadi, del Sáhara, explica la llegada de su esposo cazador: «Volverá... en un día... y una noche... con cuernos de antilope».

neural de la vocalización en hombres y en animales. De esto se seguiría que el lenguaje verbal no se derivó de las respuestas vocales de los primates inferiores, sino que fue una característica completamente nueva:

Desde un punto de vista neurológico, la evolución del habla debe representar la evolución de los mecanismos del cerebro localizadas en la parte posterior, en zonas del córtex que funcionan para analizar la información de los sentidos, para establecer recuerdos de éstos y para organizar respuestas voluntarias que proceden del análisis de los recuerdos.

RONALD MYERS

Comparative neurology of vocalization and speech

Reducir la función del lenguaje a la mera elaboración de información y a la preparación de planes puede dar lugar a una interpretación peligrosa: al hablar del lenguaje, no se debe desestimar el lado afectivo y motivacional del ser humano. Nos parece útil situar las funciones motivacionales en un esquema general del desarrollo de las funciones físicas (más adelante presentamos un esbozo del marco neurofisiológico al que hemos hecho referencia). Los términos «afecto» o «sentimiento» no se aplican al conocimiento del mundo exterior, sino que hay un desarrollo y una modificación del afecto en cada nivel del proceso cognitivo: «El afecto es como la *forma* al contenido en desarrollo. Cabe decir que cada acción, cada percepción, cada expresión, tiene su lado afectivo» (Jason Brown, *Mind, Brain and Consciousness*). Así, en el marco dinámico, el sentimiento no se considera energía dirigida a objetos «dados»: de hecho, el mundo externo y la carga afectiva que le corresponde son productos, ambos, de la misma actividad de construcción de la realidad por parte del sistema nervioso.

«El lenguaje, como la conciencia, empieza a ser por la exigencia, la necesidad de relacionarse con otras personas», según la famosa afirmación de Marx y Engels. (Para Marx era importante el hecho de que la necesidad surgiera en el contexto de los procesos de producción y de consumo, en contraste con la idea de que la necesidad es «natural», constituyendo, así, «la base biológica de la cultura» (Malinowski). Podemos afirmar con firmeza que el lenguaje no surgió sencillamente de una necesidad general de comunicación, sino



Se cree que estos dibujos prehistóricos en las rocas de Glen Canyon, Colorado River, poseían significados simbólicos con poder de motivar a los hombres. Desde el principio, el lenguaje ha estado presente en la organización social, en esta función y en la de la «simple» comunicación.

de la necesidad de un cierto nivel de comunicación derivada de un cierto tipo de organización social, y que fue posible gracias al nivel de comunicación ya existente. Debió de haber una nueva totalidad dinámica en la forma de la práctica social de los homínidos, expulsados del bosque hacia la sabana e intentando superar las dificultades de la adaptación a su nuevo nicho ecológico, obligados a moverse en parajes abiertos más que a través de los árboles, con más predadores alrededor y unos pies no tan disponibles como antes. Podemos intentar aislar algunos contextos dentro de semejante práctica social en la que el lenguaje pudo haber sido de particular valor evolutivo.

Primero hemos de señalar que el lenguaje no se puede reducir a simple comunicación. En *Evolution of the Brain and Intelligence*, Harry Jerison sugiere que si la presión evolutiva básica que favorece el desarrollo del lenguaje hubiese sido simple comunicación, la respuesta hubiese consistido en el desarrollo de sistemas lingüísticos preconstruidos, con sonidos y símbolos convencionales, que no hubiesen requerido, ni un período largo de aprendizaje, ni un sistema neuronal complejo, como ocurrió con los pájaros, por ejemplo. Pero el lenguaje humano se puede considerar la expresión de una contribución adicional del sistema nervioso a la formación de imágenes mentales, análoga a la contribución de los sistemas sensorial y asociativo del cerebro. Esto supone una mente capaz de separar imagen y objeto, palabra y cosa, referencia y objeto referido. Y no basta con ello: tiene que existir la posibilidad de referirse a algo que no está presente, inexistente. De modo que el poder de informar conlleva el poder de *desinformar*. Umberto Eco define la semiótica como «el estudio de todo aquello que pueda servir para mentir».

La importancia de las capacidades simbólicas superiores puede juzgarse adecuadamente sólo en situaciones de conflicto como las que a menudo surgen en grupos sociales fundados sobre jerarquías complejas y sobre luchas constantes por la supremacía, como los primates. El estudio del comportamiento de rivalidad pre-humano nos permite entender ciertas dimensiones sociales que se perderían de vista si fijáramos nuestra atención exclusivamente en la cooperación económica. La búsqueda del prestigio social como el mayor bien independiente de las ventajas materiales concretas muestra el enorme peso de los valores afectivos y simbólicos en el proceso

social. Un hecho paradójico como la destrucción de bienes en el *potlatch* demuestra que el hombre no busca los objetos y los bienes simplemente por su valor de uso. En la producción de objetos requeridos por el hombre, una dimensión importante es, precisamente, la producción de su significado afectivo y simbólico.

Sociedad, pensamiento y lenguaje

Al considerar el problema del lenguaje en la sociedad, debemos llevar a cabo dos operaciones preliminares. La primera es condenar como inadecuada la propia frase «lenguaje *en* sociedad». Sugiere una especie de recipiente en el que se encuentra el lenguaje junto con todo lo demás. Preferimos considerar el lenguaje en coexistencia, a su modo, con la sociedad, esta última compuesta de otras muchas instituciones, pero el primero integrado en todo. Peor aun sería la frase «lenguaje y sociedad», un contraste habitual aunque absurdo, como si en una mano tuviésemos la *sociedad* y en la otra el *lenguaje*: una sociedad sin lenguaje y un lenguaje aislado de la sociedad. Una investigación como la nuestra consistiría, pues, en el intento de unir lo que ha sido separado torpemente.

Una vez hecha la aclaración, podemos examinar en el *interior* del lenguaje (y, por tanto, en el interior de la sociedad humana, dado nuestro principio de coexistencia) tanto los aspectos biológicos como los sociales. La disección es útil cuando se aplica a una verdadera totalidad aceptada como tal.

La segunda operación preliminar (que ahora trataremos) es la de enriquecer o, al menos, dar mayor consistencia y articular nuestra noción general de sociedad. Hemos de traducirla a la de reproducción social, siguiendo la línea de interpretación empleada por Rossi-Landi durante varios años.

Reproducción social y sistemas de signos

La reproducción social es el complejo de todos los procesos mediante el cual una comunidad o una sociedad sobrevive, bien crezca, bien continúe existiendo. La noción tiene fuertes connotaciones eco-

nómicas, pero no es reducible a actividades productivas de bienes. Aun cuando se trata de satisfacer necesidades elementales mediante el consumo inmediato, desde el principio los seres humanos han formado grupos y han puesto en marcha complejos procesos superindividuales, uno de los cuales es, precisamente, la comunicación verbal como una variedad particular de la totalidad de su sistema de signos. De hecho, para establecer un enfoque bastante distinto, fue sólo cuando se alcanzó todo esto que los hombres *empezaron a aislarse unos de otros*. La necesidad de «acumular» y distribuir luego las materias no consumidas de inmediato requería formas superiores de organización. Todos los procesos principales que se dan en una sociedad, y no sencillamente aquellos que son inmediatamente productivos, forman partes integrantes de la reproducción social.

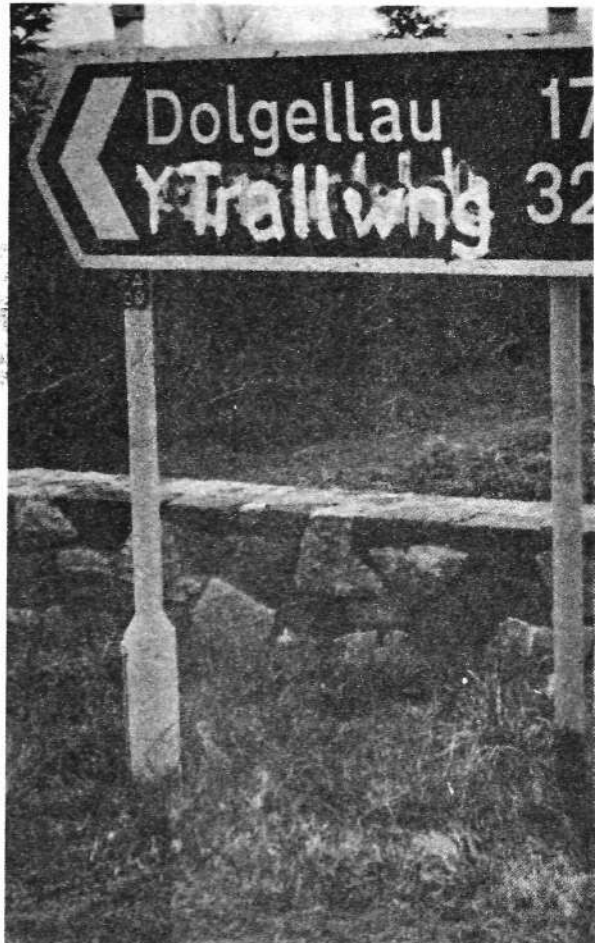
Conviene señalar que hasta ahora hemos venido hablando de *sistemas de signos* y no de simples *códigos*. Un sistema de signos comprende al menos un código (por ejemplo, materiales con los que trabajar y herramientas para trabajar en ellos), pero también las reglas para aplicar el segundo al primero (estas reglas tienen una doble situación, residiendo, desde ciertos puntos de vista, en el código pero, de forma más amplia, en los que lo utilizan); un sistema también comprende los canales de la comunicación —así como las circunstancias necesarias para la misma— y, además, los emisores y receptores que emplean el código. De esta forma, un sistema de señales comprende, también, todos los mensajes intercambiados y susceptibles de ser intercambiados dentro del universo establecido por el sistema. El hecho es que un sistema de signos es una porción de realidad social y, ciertamente, no sólo una máquina simbólica a disposición de cualquiera (de modo que su uso sería, al menos, a medias ahistórico). No hay reproducción social sin sistemas de signos, ni los sistemas de signos existen como no sea dentro del alcance de un verdadero caso histórico de reproducción social.

Los sistemas de signos son una parte integrante de la reproducción social como un todo. Operan en cada nivel de su interior y a lo largo de cada línea de influencia, y son condicionados por —a la vez que condicionan— todo lo demás. Al mismo tiempo, ha de admitirse que los sistemas de signos, grandes o pequeños, poseen una independencia relativa, que les permite desarrollarse conforme a leyes organizativas que les son propias. Esto es particularmente cier-

to en los sistemas de signos verbales, por ejemplo del lenguaje en general, que en cierto sentido es independiente del resto precisamente en la medida en que es un complejo sistema auto-regulador. El lenguaje es algo tan poderoso que genera una ilusión especializada, la de su *total* independencia en relación con la reproducción social, de la que es en realidad parte integrante, siendo al mismo tiempo productor, herramienta y producto. Esta ilusión se ha visto fortalecida por el hábito de considerar el lenguaje independientemente de otros sistemas de signos o como particularmente pre-eminentemente en comparación con éstos. Se ha olvidado así que, no sólo para el lenguaje, sino también para todos los demás sistemas de signos, de hecho para todo mecanismo socialmente efectivo e históricamente transmitido, el solo hecho de formar un todo requiere la operación de leyes de organización interna. Sin embargo, el advenimiento de las máquinas, en sentido literal, de las más primitivas a las más modernas y auto-reguladoras, ha estado disponible como una fuente obvia de comparaciones.

Sistemas de signos verbales

Toda acción humana es capaz de comunicar, es decir, es parte potencial de un sistema de signos. El lenguaje es sólo un complejo de sistemas de signos de los muchos que la sociedad necesita para reproducirse. Denominarlo el más rico e importante es afirmar lo obvio y lo banal, pero desde un punto de vista riguroso puede ser simplista. La preeminencia del lenguaje se debe, principalmente, a razones ideológicas. El lenguaje ha sido siempre, por excelencia, el depositario y el portador de poder en la medida en que las clases o los grupos dominantes lo han empleado en su propio beneficio. En cualquier parte del mundo la gente habla —o hablaría espontáneamente— en algún dialecto u otro. Un lenguaje nacional es como una manta que cubre la enorme variedad de dialectos, porque ello responde a los intereses del poder estatal. La oposición entre trabajo intelectual y manual ha sido desde el principio, *inter alia*, una oposición entre sistemas de signos verbales y no-verbales: «Yo hablo y te doy órdenes; tú obedeces y las ejecutas con tus manos». Tampoco se puede decir que el otro sistema de signos *dependa* del lenguaje.



El lenguaje como forma de control social: las minorías lingüísticas disidentes, el catalán (arriba) y el galés (abajo), llaman la atención sobre la homogenización de la lengua nacional en interés del poder estatal.

De hecho, lo opuesto sí es cierto, al menos para muchos de ellos: en primer lugar, porque los otros preceden genéticamente al lenguaje y, por lo tanto, lo condicionan; en segundo lugar, porque el lenguaje se apoya, por decirlo así, en varios sistemas de signos a los que hace referencia. El lenguaje, en sí mismo, *no existe en la realidad*: porque la realidad es siempre verbal y no-verbal, se compone de signos y de no-signos. Decir que el lenguaje es más importante que otros sistemas de signos suena un poco a decir que los pulmones son más importantes que los riñones, o que la digestión es menos importante que la respiración. En realidad, la cuestión es que si los riñones dejan de funcionar, también lo harán los pulmones, y que si cesa la digestión, también cesa la respiración.

Para algunos lingüistas teóricos, por otra parte, la preeminencia del lenguaje consiste en ciertos criterios abstractos y formales que, hasta cierto punto, ellos mismos imponen a su material. Ejemplos de semejantes criterios son los universales de Chomsky, las «reglas» de un «hablante idealizado» perteneciente a una «comunidad lingüística homogénea» por la que las «estructuras profundas» se transforman en «estructuras superficiales». El peligro de semejante enfoque es que cualquier forma de comunicación que no satisfaga los criterios puede ser excluida como no-lingüística. Así, la facultad lingüística puede ser considerada responsable de las diferencias entre el hombre y los demás animales, convirtiéndose en un concepto metafórico semejante a «la razón» para los idealistas o «el alma» para la tradición cristiana.

Una nota sobre «relatividad lingüística»

Una buena forma de garantizar un análisis frontal de las relaciones entre pensamiento y lenguaje en general puede ser el estudio de las relaciones entre pensamiento y lenguajes individuales o «naturales». Según el lingüista americano Benjamin Lee Whorf, la estructura global de cada lenguaje ejerce una influencia diferencial en la manera en que un hablante (sobre todo, pero no únicamente, si es su lengua materna) percibe y concibe el mundo, en cómo desarrolla y emplea su propio pensamiento y en cómo se comporta ante la realidad. No vamos a tratar en detalle aquí este complejo de



El hindú, el urdu y el inglés en el cartel de un vendedor ambulante de Delhi. Distintas lenguas ofrecen distintas posibilidades de expresión, lo cual dista mucho de decir que el equipamiento mental de una cultura el el producto de una lengua con la que ha sido dotada de alguna forma a priori.

proposiciones pero, siguiendo los pasos de la crítica que le dirige Rossi-Landi, adelantaremos algunas observaciones que nos llevarán al umbral de nuestro siguiente tema, el de las relaciones entre lenguaje y pensamiento en general. Nuestra discusión puede parecer demasiado esquemática, pero si decimos que los dos términos fundamentales sobre los que gira todo el tema son el «lenguaje» (los lenguajes particulares), el lector sagaz adivinará hacia dónde vamos. De lo que se trata es de dos restricciones injustificadas de vastas totalidades, complicadas por otras operaciones ilegítimas. Intentaremos enumerar una a una, pero sin la intención de ser exhaustivos, algunas de las partes principales en las que se puede diseccionar la tesis.

(i) El lenguaje, en el sentido de los lenguajes individuales, es separado del lenguaje en general y, en particular, del complejo de técnicas sociales que están en la base de la comunicación y que mejor resume la idea de una comunidad idiomática. Así, el sistema de herramientas y materiales es analizado por separado del proceso social que lo ha producido y lo pone en movimiento.

(ii) No sólo es la idea de un lenguaje congelado e hiposténico en este sentido, sino que surge una concepción simplista de éste, ignorando los elementos polisémicos y sinónimos, por ejemplo, no tomando en cuenta la multiformidad del contenido que puede «subyacer» a cada palabra. Se toma aun menos en cuenta los elementos metafóricos y metonímicos.

(iii) También se omite el hecho de que se pueden encontrar distintas unidades lingüísticas con distintas estructuras semánticas en el curso de la evolución histórica y del desarrollo humano individual.

Ya a esta altura encontramos totalmente oscurecida, no sólo la complejidad de conexiones entre la designación verbal de los fenómenos y la percepción real de éstos, sino también la intrincada red de relaciones que cobra vida entre la estructura gramatical de una lengua y el sistema de conceptos que expresa, representa o transmite. Entonces parecerá extraño, por no decir metodológicamente incorrecto, que estas mismas relaciones y conexiones tengan que ser recuperadas *a posteriori*, después de que la lengua ha sido empobrecida de esta manera. Pero hay más.

(iv) Se trata el sistema de signos verbales de que se compone una lengua aislado de otros sistemas de signos, y esto en dos sentidos: por un lado, no se toma en cuenta los desarrollos adicionales de los

que puede ser objeto una lengua, por ejemplo, se omite el poder auto-extensivo del lenguaje y su capacidad de formar lenguas especiales, técnicas o ideales, o lenguas «secundarias» de cualquier tipo en relación a la que se habla habitualmente; por otro —y aún es más serio—, se ignora por completo la existencia contemporánea e innegable de los sistemas de signos no-verbales.

(v) Así, una lengua emerge como algo totalmente aislado del proceso real de reproducción social. Los mensajes compuestos o transmitidos con o en la lengua y dentro de la realidad social aparecen, consecuentemente, como simple producto de las estructuras concretas del mismo lenguaje, y cualquier otro factor considerado contribuyente a su producción tendría que ser, por definición, no-lingüístico y, estrictamente hablando, ni siquiera susceptible de descripción por palabras.

Quizá ya haya quedado claro que, sea lo que sea que se quiera dar a entender por «pensamiento», el paralelo entre y, aún más, la interpenetración del «lenguaje» (una lengua) y el «pensamiento» es, bien imposible, bien totalmente artificial. Pero si pasamos a lo que los partidarios de la relatividad lingüística entienden por el segundo término de su comparación, la cosas se ponen aún peores.

(vi) El pensamiento mismo, que un complejo de actividades en uno u otro sentido mental, también parece aislado de la reproducción social. Se habla de él como de un proceso que va más allá de su propio impulso, como una constante independiente de las verdaderas variables de la vida social.

(vii) Más aún, bajo el término-paraguas «pensamiento», ha de incluirse, no sólo las categorías fundamentales del pensamiento formalmente considerado, sino también los contenidos presentes —imágenes, intuiciones, representaciones, ideas— y, además, los hábitos psicológicos colectivos y, finalmente, todo lo que se quiere decir comúnmente por «conciencia» y «cosmovisión».

Pero, puede que se objete, siempre es legítimo hacer uso de las abstracciones. Si deseo aislar una lengua, o el mismo pensamiento, dentro de una totalidad más vasta, no está claro por qué edicto me he de guiar. Inclusive una concepción bastante parcial del lenguaje y/o del pensamiento puede ser útil para concentrar la atención de la investigación. Mucho se podría decir aquí. En parte, ya hemos empezado a decirlo con nuestra discusión sobre la reproducción

social, ya que la tesis de la relatividad lingüística descansa, en el fondo, en una operación adicional de cuya ilegitimidad no puede haber dudas.

(viii) Las dos sub-totalidades separadas denominadas «lenguaje» y «pensamiento» se combinan en una *relación causal de una sola dirección*: a la «lengua», aislada por todas las operaciones que hemos descrito, se la dota del poder de condicionar continua y sistemáticamente a una cosa denominada «pensamiento», igualmente aislada en la forma descrita. No sólo se invoca dos sub-totalidades arbitraria e inadecuadamente definidas para formar una totalidad claramente espuria sin existencia real, sino que en el interior de esa totalidad imaginaria se crea una dinámica supuestamente real para ayudarnos a explicar el curso de los acontecimientos.

El resultado de todo esto es que el pensamiento queda reducido a la categoría de simple *producto del lenguaje*. Semejante teoría jamás conseguirá comprender la contribución de los sistemas de signos no-verbales y de diversos factores extra-lingüísticos a la formación de cualquier estado o proceso que de cualquier forma merezca el apelativo de «mental». Sin embargo, está claro que todos los factores de lo que es «mental» son conjuntamente operativos en todos los procesos de la reproducción social. Asimismo, el lenguaje es el producto de una práctica social. El veredicto inevitable es que la tesis de relatividad lingüística supone un favoritismo idealista en relación al papel del lenguaje en la reproducción social y, por tanto, en la génesis de ese vasto complejo comúnmente llamado «pensamiento».

Estas críticas son totalmente negativas en términos del fundamento teórico de la relatividad lingüística y de su utilidad para arrojar luz sobre nuestros problemas, pero no nos deben hacer olvidar la gracia y la delicadeza de ciertas descripciones desde el interior de lenguas «remotas» como las amerindias, ni la fertilidad de algunas de las intuiciones de Whorf y otros en campos esencialmente socio-lingüísticos. El solo hecho de que cada lengua sea el producto histórico de cierta comunidad de hablantes distinta de todas las demás supone que sus posibilidades de expresión también serán irrepetibles. Según Dell Hymes, éste es «el elemento irreductible de verdad en lo que se conoce como la hipótesis whorfiana. Los medios disponibles condicionan lo que se puede hacer con ellas y, en el caso del lenguaje, condiciona los significados que pueden ser creados y

transmitidos». El lingüista inglés Basil Bernstein propuso extender el concepto de relatividad a la comparación de usos de la misma lengua (inglés) por niños de distintas clases sociales.

La precedente discusión del complicado problema de las relaciones entre distintas lenguas y el pensamiento nos lleva a otro plano, donde podemos volver a formular los problemas más profundos y unitarios de la relación entre el lenguaje y el pensamiento en general.

Cómo se forman las estructuras del lenguaje y el pensamiento

Intentemos situar nuestro problema dentro de la dialéctica del «mundo externo» y el «mundo interno» que ha sido tan útil en la tradición filosófica y puede proporcionar ideas sugerentes en la esfera neuro-psicológica.

Es posible interpretar la evolución de las funciones cerebrales y de las estructuras relevantes vinculadas a la percepción y la acción, y sus consecuencias en el desarrollo de un individuo, como la construcción progresiva de un espacio exterior. En *Mind, Brain and Consciousness*, Jason Brown proporciona un modelo detallado de desarrollo cognitivo. En el nivel *sensomotor* (formación reticular, cerebro medio, techo, ganglios basales), el espacio perceptual y motor se concentra en el cuerpo y en una área muy limitada alrededor del cuerpo. Luego, en el nivel *de representación límbica* (hipotálamo, cíngulate gyrus, hipocampo y otros grupos subcorticales como las amígdalas, el septum y el núcleo dorsomedial del tálamo) se empieza a formar un espacio extrapersonal, aunque aún es substancialmente intrapsíquico: los objetos no existen en él como realidades independientes, sino que son de la naturaleza de las imágenes de los sueños o las alucinaciones. En el nivel *de representación cortical* (neocórtex) el objeto es exteriorizado por completo y situado en un espacio abstracto, y también el «yo» es percibido como un objeto (como en el caso del autorreconocimiento en espejos por primates no humanos). El hombre, pues, posee todos estos niveles en común con otros animales. A nivel de la especie humana encontramos un distanciamiento aún mayor entre la acción y la percepción, ambos ahora completamente exteriorizados, situados, de hecho, en el «mundo exterior». Mientras tanto, el surgimiento del lenguaje conduce a la

construcción de un mundo *interior* y el yo se constituye como un sujeto consciente, ya no más como un simple objeto de conciencia en pie de igualdad con otros objetos del mundo físico.

Esta es la base biológica para un esquema conceptual en el que enmarcar nuestra aproximación al problema de la reflexividad, el núcleo, quizá, de cualquier discusión sobre las relaciones entre pensamiento y lenguaje. Lo que se pretende denominando «biológica» a esta base es que el esquema adecuado incluya factores sociales.

Hemos visto que una tendencia fundamental en la historia de la evolución del sistema nervioso es la de apartar el organismo de una dependencia inmediata en los estímulos ambientales. Uno de los aspectos más importantes de la fenomenología relativamente variada de esta tendencia es la construcción gradual de un espacio abstracto en el que se proyectan las sensaciones en la forma de objetos y acciones. La exteriorización implica el surgimiento de la consciencia del mundo exterior como algo «distinto» del sujeto que percibe.

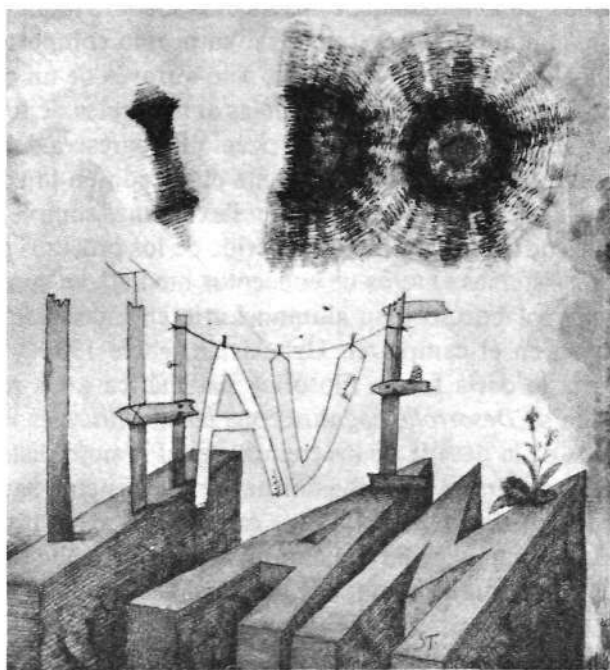
En *Fenomenología del espíritu* (1807), Hegel observa que «el lenguaje y el trabajo son expresiones exteriores en las que el individuo ya no es dueño de sí mismo, sino que deja que lo interior salga de él, y lo entrega a otra cosa». A la luz de la neuro-psicología moderna, las profundas introspecciones de Hegel adquieren un significado mucho más amplio. Podemos localizar el trabajo y el lenguaje dentro del proceso evolutivo de la exteriorización en la que el sistema nervioso «se exterioriza y pasa a la condición de permanencia», palabras perfectamente comprensibles y modernas, pero una traducción exacta de la afirmación de Hegel. El resultado de este proceso es la constitución de un espacio y de objetos dotados de una mayor estabilidad perceptual.

La producción de material modifica directamente el entorno natural, por así decir, mientras que la producción lingüística (y la producción simbólica en general) funciona de una forma mucho más indirecta y compleja. En primer lugar, según Marx, el lenguaje proyecta las palabras al espacio exterior, no sólo en el sentido obvio de «capas de aire puestas en movimiento», sino produciendo significados que tienen «vida propia» en el mundo exterior. Esta «vida» adquiere el carácter de «cosa», presencia la adhesión del significado al referente en las culturas primitivas y la tendencia, en las primeras etapas del aprendizaje del lenguaje, a concebir el mundo como una

propiedad de la cosa; pero, inclusive a un nivel más alto de abstracción conceptual, los signos verbales asumen aún un carácter objetivo, que les confiere la fidelidad del significado o la denotación.

Sin embargo, junto al significado objetivo existe el sentido *personal* en toda su riqueza, que se refiere al mundo privado de las experiencias de un individuo, pero sin dejar de ser sociales. Este carácter doble, tan esencial a los signos lingüísticos, es quizás el rasgo que permite la construcción de un espacio interior —la mente—, basado en el modelo del espacio exterior. Ninguno de estos «espacios» está metafísicamente «dado»: ambos son el producto de la evolución y de la historia del ser humano.

El punto central del lenguaje fluye del hecho de que no es el origen de la conciencia sino la forma en que ésta existe. La conciencia



El lenguaje produce significados con «vida propia» en el mundo exterior: el dibujo de Steinberg alude a las frases verbales que los individuos pueden percibir como apoyos objetivos para su identidad y su seguridad.

se genera a través de la reflexión interior, llevada a cabo mediante la actividad del sistema nervioso.

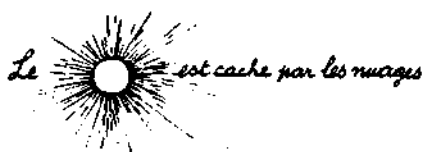
El aspecto más importante y delicado del problema, por lo tanto, tiene que ver con los modos de exteriorización o, para emplear el término del psicólogo soviético Lev Vygotsky, «transplantación». ¿En qué consiste esencialmente? Convencido de que el estudio de las funciones psíquicas superiores no puede abordarse mediante métodos reduccionistas, Vygotsky destaca la estructuración mediadora de los procesos mentales (la dependencia en estructuras inmediatas), en los que los sistemas de signos desempeñan un papel fundamental.

Particularmente importante es la capacidad específicamente humana de crear estímulos artificiales —«medios-estímulos»—. Por ejemplo, según Vygotsky, «el lenguaje, las distintas formas de contar y calcular, los ejercicios mnemotécnicos, los símbolos algebraicos, las obras de arte, la escritura, los esbozos, los diagramas, los mapas, los cianotipos, etc.». Mediante estos medios y, sobre todo, mediante el lenguaje, el hombre puede organizar su propio comportamiento, no sobre la base del estímulo directo, sino a través de un campo de signos interior que refleja las influencias ambientales de forma más o menos generalizada. Con la interiorización progresiva del lenguaje intersubjetivo (por ejemplo, el lenguaje empleado en la comunicación primaria), se alcanzan formas de reflexión más complejas, hasta que, después de la reorganización repetida de los procesos psíquicos del hombre, sistemas enteros de conceptos mediatizan su reflexión.

Vygotsky colaboró con su alumno Luria en investigaciones llevadas a cabo en el campo, en Uzbekistán, entre 1930 y 1932: el propio Luria le daría forma filosófica sistemática a los resultados obtenidos en su *Desarrollo cognitivo: sus bases culturales y sociales*. A principios de la década de los treinta, aquel remoto distrito de la URSS estaba en proceso de transformación del sistema agrario feudal a la economía socialista. La tesis central es que los procesos de abstracción y generalización son «producto del desarrollo económico y cultural». El lenguaje desempeña un papel fundamental en la evolución de formas de pensamiento concretas y situacionales a las operaciones teóricas típicas del pensamiento abstracto desarrollado, incluida, precisamente, la abstracción de las características de las cosas a partir de las cosas mismas, y la atribución de las cosas percibidas a categorías lógicas. En otras palabras, aun si el paso a nuevas

formas teóricas de generalización es causado por cambios en las condiciones reales de la vida, los medios que las hacen posibles son esencialmente lingüísticos. Las palabras son ya conceptos, el lenguaje es ya un pensamiento categórico. Enseñar a hablar mejor equivale a mejorar la capacidad de abstracción.

La única reserva que, creemos, conviene hacer a la posición de Luria es que no deja de ser un plano demasiado general. No ocurre lo mismo con las teorías propuestas por el historiador y clasicista George Thomson. En *Studies in Ancient Greek Society*, Thomson hace una doble lectura del principio según el cual nada hay en la conciencia que no haya existido previamente en la realidad social: por una parte, la formación de ideas y conceptos refleja las relaciones sociales actuales; por otra, las situaciones antecedentes de signos no



Las paradojas de Magritte sobre el tema de la equivalencia de las palabras y las imágenes como representaciones gráficas de objetos, muestra cómo a veces pensamos en palabras, no sólo como instrumentos de referencia, sino también como propiedad de las cosas que describen.



verbales reciben formulación verbal. Junto con la formulación de una economía monetaria, y sólo entonces, aparece en Grecia por vez primera el concepto parmenideano de un ser unitario, que tiene valor sólo por existir, con gran independencia de cualquier diferencia observable por los sentidos y modificable mediante labor manual.

El filósofo Alfred Sohn-Rethel extiende el análisis al papel moneda. El intercambio de mercancías, dice, como cualquier tipo de intercambio, constituye en sí mismo un sistema de signos no verbales que se complica cada vez más y alcanza un mayor nivel de abstracción con la institución, primero monetaria, luego de papel moneda. Las estructuras de este sistema de signos no verbales quedan reflejadas en el lenguaje como resultado de procesos super-personales que son, en su mayor parte, subconscientes. Es así cómo aparece la posibilidad de un conocimiento desvinculado del trabajo manual. Dentro del lenguaje se empiezan a formar conceptos abstractos y formales, que con el paso del tiempo facilitan la construcción de una ciencia natural objetiva como la física de Galileo.

La psicoanalista húngara Melanie Klein hace una formulación extraordinariamente completa y coherente del papel de los factores afectivos en la génesis de los procesos simbólicos y de pensamiento, siguiendo una tradición de investigaciones psicoanalíticas exhaustivas que se remontan a Freud. Identificada tanto con los datos clínicos como con las ideas de sus maestros, Klein establece los valores afectivos y fantasiosos que acompañan a las operaciones iniciales de inteligencia y creatividad, y muestra que tanto el contenido como la forma de estas últimas están revestidos de significado afectivo. Su conocida tesis de ansiedad de separación y los intentos de su escuela por llegar al fondo del complejo problema de las relaciones-objeto más tempranas y los mecanismos de defensa empleados por el niño han revelado la serie de operaciones que llevan al niño al reconocimiento gradual de la diferencia entre yo y madre y padre. Estas operaciones forman la base afectiva del pensamiento y preceden temporalmente los primeros rudimentos del lenguaje. Todos los aparatos complejos, los mecanismos de división y negación, etc., son en sí mismos una especie de gramática y sintaxis emocional que desempeña un papel estructural en el fomento o, en casos patológicos, en el entorpecimiento, de la génesis de las primeras etapas del lenguaje. Según Wilfred Bion, por ejemplo, las operaciones

mentales básicas de conexión y diferenciación se originan en las experiencias afectivas del contacto oral con el pecho y, por consiguiente, del vínculo entre el padre y la madre, por no mencionar las de la separación del cuerpo de la madre. En este nexo, Ricardo Steiner no duda en ver el desarrollo de:

la capacidad para tolerar una diferenciación mínima entre el yo y el mundo exterior como una de las condiciones necesarias de esa capacidad discriminatoria en la que se basa la formación de los grupos fonémicos particulares y que para Jacobson, como sabemos, constituye una forma primaria y fundamental de operación lógica, ya que inicia el proceso que da origen a las formas más elaboradas de pensamiento.

*Il processo di simbolizzazione
nell'opera di Melanie Klein*

Insistiendo constantemente, como hace ella, en la importancia de la experiencia temprana (en sus últimos trabajos, aun en la de la vida prenatal) en la formación de la conciencia, Klein deja claro el origen pre-significante, por no mencionar el pre-verbal, de los procesos psíquicos más importantes. Más adelante se verá que, al tratar estos temas, no pretendemos, bajo ningún concepto, hacer una extirpación idealista o biológica del individuo de la reproducción social. Sólo queremos destacar la importancia de la experiencia de su propio cuerpo y del mundo exterior que el niño atraviesa antes de ser expuesto a los sistemas de signos.

Estamos llegando a una cierta visión de la articulación interior y del delicado tejido presente en constructos teóricos como «pensamiento» y «lenguaje». La complejidad interior de semejantes constructos y sus intrincadas relaciones, junto con otros factores de la reproducción social, son suficiente para mostrar la falta de consistencia de las generalizaciones realizadas no sólo por filósofos, sino también por científicos que, si bien operan experimentalmente, continúan empleando ideas filosóficas obsoletas para explicar o comentar sus resultados. Repitémoslo: nadie discutiría la legitimidad de ciertas abstracciones: lo que queremos negar, y de forma enfática, es el carácter supuestamente homogéneo de los conceptos en cuestión, y también quisiéramos indicar la fertilidad de enfoques alter-

nativos. En lugar de hablar ilegítimamente del pensamiento y el lenguaje como entidades uniformes, bastante alejados uno del otro en ese sentido, nos parece más interesante estudiar «porciones» individuales de la reproducción social a la luz de varios aspectos del comportamiento..., comportamiento con los signos; comportamiento verbal, afectivo y económico; comportamiento fantástico, etc.

Los prejuicios etnocéntricos, qué duda cabe, desempeñan aún un papel en las referencias bastante frecuentes al pensamiento y el lenguaje como nociones generalizadas. Nuestra lengua nativa parece ser idéntica al lenguaje, nuestra manera de pensar al pensamiento. El etnocentrismo absorbe para sí mismo, por decirlo de algún modo, todas las demás características de la reproducción social: sólo porque nos pertenece, no se le toma en cuenta, como si se tratase de algo sencillamente natural. Una especie de *mirage* entra entonces en juego, por el cual creemos ver ya presente y operando algo que, en realidad, no es más que la meta de una planificación social más o menos consciente. Es innegable que la homogeneización mundial promovida por el neo-capitalismo estatal o monopolístico conduce a la unificación de innumerables sistemas de signos no verbales (diferencias de lenguaje aparte) y a un papel casi uniforme para los sistemas de signos no verbales dentro de distintas formas de práctica social. El capitalismo temprano nos ha cargado con enormes y horribles ejemplos de «unificación». No hay más que pensar en la destrucción de miles de culturas y lenguas en las dos Américas, llevada a cabo, principalmente el siglo pasado, mediante la destrucción física de sus depositarios o hablantes. La brutalidad más restringida de las formas de homogeneización actuales no las hace menos radicales.

Problemas del innatismo lingüístico

La importancia de la tesis de innatismo para los seguidores del renombrado lingüista americano Noam Chomsky reside en su convicción de que la provisión de conocimientos innatos de un hablante (en donde su competencia es la formalización de ese conocimiento) es describable en términos biológicos y puede proponerse como un *modelo de la mente*.

La «hipótesis del innatismo» puede formularse de la siguiente forma: la teoría lingüística de la G.U. (Gramática Universal), construida de la forma recién esbozada, es una propiedad innata de la mente humana. En principio, debemos de ser capaces de demostrarlo en términos de biología humana.

CHOMSKY, *Reflexiones sobre el lenguaje*

De esta forma, la noción general de lenguaje como «espejo de la mente» recibe un contenido preciso. La gramática universal basada en el sistema de condiciones que todas las gramáticas deben cumplir, y al mismo tiempo en un conjunto de hipótesis empíricas relativas a la habilidad lingüística, debe ser susceptible de transformación a una estructura psico-fisiológica. Aun en el último trabajo teórico, citado anteriormente, Chomsky respalda la posición de sus *Aspectos de la teoría de la sintaxis*, donde señala la ambigüedad sistemática de su propio uso de la frase «teoría del lenguaje» para referirse tanto a «la predisposición innata del niño para aprender un género de lenguaje» como a «la explicación que el lingüista hace de esto».

A raíz de esta confusión casi deliberada, la gramática universal asume a los ojos de Chomsky —o al menos de muchos de sus seguidores— toda la concreción de un órgano físico. No es casual que hable de un «órgano mental». Eric Lenneberg, compatriota de Chomsky, estaba convencido de que todo comportamiento era parte integral de la estructura de un organismo. De ahí que se dedicara a investigar la base biológica del comportamiento lingüístico, que, según se dice, distingue al hombre de las demás especies. También estaba convencido de que la relación entre estructura del organismo y forma de comportamiento no era directa o necesaria. Se vio obligado, por tanto, a encontrar el equivalente neurológico del lenguaje, no en alguna estructura específica, sino en la forma de funcionar del cerebro, por ejemplo, en la maduración del encéfalo y en la lateralización de las funciones. El punto central de la «explicación» se hizo consistente al considerar estas correlaciones biológicas como impresas en el código genético del hombre y también como específicas del ser humano. La exhibición de competencia lingüística es, por lo tanto, considerada como un proceso de tipo mecánico, donde el entorno lingüístico de la sociedad humana desempeña el papel de *liberador*, es decir, un estímulo-clave capaz de *activar*, pero, cier-

tamente, no de moldear, una forma de comportamiento. Dado este punto de vista, pareciera que en cualquier investigación el origen evolutivo del lenguaje no sólo es inútil, sino que, además, ni siquiera se podría empezar. Se nos presenta el lenguaje como una «facultad unitaria» aislada de otros sistemas cognitivos y surgiendo *de novo* como resultado de la mutación genética.

¿Cuáles son los elementos principales de esta construcción teórica? Antes que nada, la concepción de lenguaje como una «facultad de la mente» puede criticarse fácilmente a la luz de los avances hechos por la psicología soviética. El concepto de un sistema funcional o de la función global de varios tejidos u órganos, aplicado primero por Bernstein y Anokhin a los sistemas respiratorio y motor, fue extendido por Luria a las funciones mentales, sustituyendo así tanto la localización rígida como la teoría de no-especificidad del tejido cerebral. La tesis de «pluripotencialismo» funcional significa que una formación única puede, bajo distintas condiciones, ser incluida en distintos sistemas funcionales y contribuir a la realización de diversas tareas. Así pues, para los «centros» donde se solían localizar las funciones, sustituye los «sistemas dinámicos», con elementos bastante distintos desempeñando papeles altamente especializados en la ejecución de una función dada. Semejantes sistemas son complejos y dinámicos de un modo que no nos permite concebir la actividad mental como un conjunto de facultades simples e independientes.

Mayor confirmación del carácter de «constelación» de las funciones psíquicas superiores lo proporciona el estudio de su colapso patológico. La hipótesis básica de la neurología clínica, que considera el sistema nervioso como una organización jerarquizada de subsistemas interdependientes, muchos de los cuales pueden ser analizados en relativo aislamiento, puede ser considerada como válida también en el caso del lenguaje. Un estudio de los síndromes originados en la lesión de diferentes sistemas neurales nos permite observar, de vez en cuando, la pérdida de una u otra función lingüística: reconocimiento de la significación de los sonidos (agnosia auditiva), denominación de objetos (afasia anómica), operaciones lógico-gramaticales (afasia semántica), etc.

Además, la convicción de Lenneberg de que el lenguaje sólo se puede aprender dentro de cierto período crítico (entre los dos y los

12 años, antes del cual el cerebro, en proceso de maduración, aún no ha adquirido, y después del cual ha perdido, la plasticidad necesaria) ha sido recientemente refutada. Nos referimos al caso de *Genie*, la chica de Los Angeles que fue mantenida en cautividad por su padre psicótico hasta la edad de 13 años y reducida, en el momento de su liberación (1973) a un estado de deficiencia psíquica y orgánica. Tras un largo tratamiento, Genie alcanzó un dominio relativamente bueno del lenguaje a una edad claramente fuera del así llamado período crítico. Su caso se relaciona con los de los «niños salvajes» mencionados anteriormente.

Como Robert Hinde ha señalado (*Biological Bases of Human Social Behaviour*), el error fundamental del razonamiento de Chomsky consiste en transformar el descubrimiento de una diferencia innata obtenida entre dos formas de comportamiento en una afirmación acerca de su propio innatismo. Pero del hecho de que hay una *diferencia innata* en la capacidad de adquisición de lenguaje entre el hombre y otras especies animales no se puede inferir que la *capacidad misma* es innata y que, por lo tanto, no depende del aprendizaje de al menos una lengua. Esto conduce a una confusión de perspectiva: las características estructurales comunes de todo lenguaje –los universales lingüísticos– son atribuidos a una predisposición genética sin prestar la menor atención a las características constantes del entorno físico y social de la especie *Homo*.

Permítasenos volver a examinar, por un momento, los casos de «niños salvajes», junto con los casos de chimpancés a los que se les ha enseñado una forma de lenguaje basada en símbolos arbitrarios. Washoe empleaba el lenguaje gestual de los sordomudos, lenguaje de signos americano; Sarah ordenaba piezas de colores en una pizarra magnética según una sintaxis; Lana es capaz de manejar un aparato diseñado especialmente para ella y conectado a un ordenador. Estas dos categorías de «quasi-hablantes» contradicen claramente todas las teorías del innatismo o de la especificidad según la especie del lenguaje humano..., la forma de la última aquí refutada es aquella «absoluta por un dato biológico». Cuando los monos empiezan a «hablar», una parte del territorio que originalmente se cree *puramente* humano se desmorona, pero no se sigue que el uso completamente elaborado del lenguaje en su escenario histórico social deja de ser puramente humano. Los niños salvajes no son los únicos

en mostrar que en ausencia de un entorno apropiado el comportamiento lingüístico sencillamente no cobra forma, y sólo en ciertos casos es posible recuperarlo después. Cuando los niños son criados por animales como lobos, osos, cabras o gacelas, el adolescente humano muestra un sorprendente grado de adaptación, tanto en términos del comportamiento general como del comportamiento comunicativo, a las especies animales con las que ha vivido. Todo esto destaca la extraordinaria importancia del entorno, para el desarrollo de formas de comportamiento.

En cuanto a los experimentos con chimpancés, éstos muestran qué poderes intelectuales inesperados pueden desarrollarse en miembros de especies no humanas, después de que los individuos son expuestos a los estímulos de un entorno tan sofisticado como un laboratorio de investigación. Para interpretar correctamente el fenómeno es necesario volver a considerar el problema de las relaciones entre estructura y función. Notamos primero la imposibilidad de descubrir una diferencia estructural entre el cerebro del hombre y el de los grandes simios. Las investigaciones más recientes muestran que inclusive la asimetría anatómica de los dos hemisferios (la lateralización, que Chomsky considera tan importante) está también presente en los primates mayores no humanos. Marjorie Le May ha descubierto que, en los chimpancés y los orangutanes, dos características anatómicas, la fisura sylviana y el polo occipital son más largos en el hemisferio izquierdo. Así pues, no puede haber diferencia de localización: tenemos que volver a recurrir al pluripotencialismo funcional de las estructuras cerebrales anteriormente mencionadas. Los chimpancés serían capaces de una forma de lenguaje, sólo que nunca han encontrado el entorno apropiado. Este hecho parecerá un «milagro extraordinario» (Chomsky, *Meditaciones sobre el lenguaje*) sólo a aquellos que subestimen la complejidad de la relación estructura-función. No es nuestra intención negar la diversidad de los distintos niveles evolutivos, sino señalar que para conseguir las formas más complejas de comportamiento es requisito que las condiciones *necesarias* de estructura sean complementadas por condiciones funcionalmente *suficientes* proporcionadas por la actividad de interacciones individuales con el entorno natural y cultural.